



ESTOY AQUÍ

Ilustrador Magdalena Camino

Las invisibles

Si bien varias veces antes había advertido la anormalidad, no fue hasta que le tocó su propio turno que pudo percibir en toda su anchura la experiencia de la invisibilidad.

Caminar por la calle y que no te vean. Cruzarse con conocidos (y hasta con amigos), y que no te vean. Pararse frente a las personas y que no reaccionen.

Es verdad – tenía que reconocerlo- que todas esas veces, mucho antes de entrar en el ámbito excepcional del sagrado mundo oncológico – como le gustaba llamarlo- elaboró una parcial explicación personal para comprender el fenómeno: los enfermos de cáncer se avergüenzan de ser enfermos de cáncer. Simple.

No es que haya pensado demasiado acerca de la rareza, pero es verdad que había podido observar una cierta distancia, un ensimismamiento entre las personas que, chapoteando en el pantano denso de la quimioterapia, parecían evitar el contacto con los otros, caminando rápido, mirando hacia otro lado.

Algo más intangible que concreto.

Los reconocía por su signo inconfundible, una suerte de pesada marca de Caín que no pasa inadvertida ni en la distancia: el pañuelito en la cabeza.

El pelo ausente es – ha sido y será- un fardo pesado y vergonzante. Ni el gorrito de lana ni el coqueto turbante oncológico, ni tan siquiera la discreta peluca de cabello humano, logran esconder el efecto mortificante de la caída del cabello.

En la interacción social, argumentaba en su mente (solo en su mente, porque parecer remotamente discriminante sí que es un delito social penalizado universalmente con la funa privada o pública), la acongojada señora del pañuelito siempre evitaría la ocasión intimidatoria de una posible preguntita tonta: “¿tienes cáncer? ¿dónde? ¿cómo? ¿has pasado muchas penas? ¡Ah, Dios sabe por qué hace las cosas!” Entonces, por vergüenza, se haría la lesa.

Lo pensó así hasta que a ella misma le tocó el turno sorpresivo de volverse invisible.

Y no es que se escondiera o cayera en la trampa del fingimiento: desde que su hermano menor (con la mejor de las intenciones, sin duda), le detalló con pelos y uñas todo lo que había averiguado acerca del tratamiento, información obtenida de una fuente cercana y confiable, empezando por los efectos de la primera dosis de la droga y terminando en un indolente “y ahí se pone la cara de cáncer”, tomó la decisión firme de mujer grande de jamás, ¡jamás!, avergonzarse o esconderse.

De modo que no dejó nada al azar. Recolectó lo más selecto de su colección de pañuelos de algodón y de seda (el poliéster corre el riesgo de resbalar y revelar lo que se quiere ocultar) y estudió con dedicada anticipación las últimas tendencias de la moda y el estilo pertinentes. Con porfía y no poca soberbia, ejerció el delicado arte del delineado de cejas a dos colores y adquirió el mejor par de pestañas postizas de pelo de visón que el comercio digital con Asia Central podía ofrecer.

De Nefertiti, de reina de Saba, ¡de una diosa se vistió! Toda de negro, con su enrevesado diseño de pachminas y pañuelos de colores, con relleno (para que pareciera pelo), sumando a su estatura promedio otros 15 centímetros, además de los 20 que ya le agregaban los tacones y las plataformas, rematando con aretes de plumas de tamaño “importante”, pulseras brillantes que tintineaban y dos o tres vueltas decadenas doradas al cuello. ¡Regia! ¡Ninguna cara de cáncer! ¡Vengan y atrévanse a preguntar!

Pero nada pasó. Nadie la miró. Nadie se acercó. Nadie preguntó.

Caminaba por las calles, por el mercado, por los colegios de los niños, luciendo su realeza sorda, entre los indolentes plebeyos miopes que pasaban por el lado sin mirarla, rehuendo el contacto, haciéndose los locos, avergonzados tal vez de su propia altanera salud, temerosos de la reina moribunda y sus metástasis posibles.

¡Invisible! Más pañuelos, más aretes, más pulseras. Nada. Así que eso era...

Hasta que se cruzó con ella, la silenciosa, la otra invisible: la que llevaba con humilde cabeza gacha su hiyab anodina y gris, pero brillante como un faro, y que mientras acomodaba a sus dos pequeños entre la compra del carrito, la miró sin sorpresa y le sonrió.

